

IV. LA VIDA QUE ANHELAMOS ETERNA.

v. 25b *Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*

1. Introducción. Continuando la secuencia temática de los guiones precedentes, la conexión de éste con el anterior viene dada por el apelativo que el maestro de la ley aplica a Jesús, al dirigirse a él, llamándole precisamente *Maestro (Rabí)*,¹ es decir, colocándolo a su misma altura, reconociéndole de entrada el mismo rango y consideración que él ostentaba en el ámbito religioso y social, en una palabra, hablándole *de igual a igual*, ya fuera con ironía o con sinceridad.

Pero lo **novedoso**, y quizá más sorprendente del texto que aparece bajo el encabezamiento de este guión, es que la pregunta dirigida a Jesús por el maestro de la ley no pertenece estrictamente al campo de la legalidad o de la moralidad religiosa, sino a su fundamento y meta, es decir, *al de las más hondas aspiraciones humanas*. Así lo afirma el Santo Padre Benedicto XVI: *En el centro de la historia del buen samaritano se plantea la pregunta fundamental del hombre ... Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*²

¿Qué tiene que ver esta pregunta con la parábola del Buen Samaritano? ¿Por qué se encuentra en su contexto previo y anticipatorio? Creo que cabe al respecto comenzar aventurando una hipótesis: dado el lugar que ocupa en el texto, con la pregunta parece insinuarse que, en el camino de Jerusalén a Jericó va a ocurrir algo que tiene que ver con el modo, forma o tipo de vida que los humanos *anhelamos como eterna*.

2. Meditación inicial. Pienso que la meditación silenciosa y pausada de las tres citas del evangelio de Juan que vienen a continuación, constituye la mejor ambientación previa al comentario pastoral del texto que nos ocupa.

¹ La palabra griega usada por Lucas es διδάσκαλε (didáscale) traducción, a su vez, del término hebreo *Rabí*.

² Joseph Ratzinger - Benedicto XVI: *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los libros 2007, p. 226. Hay otros textos paralelos en los evangelios.

- *En el principio existía el Verbo³ ... En Él estaba la Vida⁴ y la Vida era la luz de los hombres (Jn 1, 1.4).*
- *Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida⁵ (Jn 14, 6).*
- *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos, acerca de la Vida, pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó⁶ (1 Jn 1, 1s).*

3. Desde el camino de mi vida. Margarita era una joven riojana, radiante y vitalista, que aterrizó un día por la sección de osteosarcomas (cánceres de hueso) del hospital La Paz. Yo la encontré en mi visita diaria a los enfermos del Centro de Rehabilitación y Traumatología, donde estaba ubicada dicha sección. La habían derivado desde el hospital de Logroño a La Paz a causa de los datos proporcionados por unos análisis rutinarios que, sin embargo, levantaron sospechas de alteraciones neoplásicas (cancerosas) por completo imprevistas.

³ El texto original griego emplea la palabra λογος (logos), que significa tanto *pensamiento* como *palabra* (o pensamiento que acaba expresándose en la palabra) y que en la Vulgata San Jerónimo tradujo al latín usando el término *Verbum*. La Biblia de Jerusalén (en adelante BJ), y la Biblia Traducción Interconfesional (en adelante BTI) traducen también acertadamente λογος por *Palabra*. El *Verbo*, el *pensamiento* de Dios, se convierte en *Palabra*, es decir, en mensaje inteligible para la inteligencia humana.

⁴ La BJ traduce esta frase así: *Lo que se hizo en ella era la vida*; mientras que la traducción de BTI es: *Cuanto fue hecho era ya vida en ella*. Dos variantes en cuanto a la traducción, significativas desde el punto de vista hermenéutico y de comprensión pastoral.

Vida, en el texto griego ζωη (zoé), en latín *vita*. Aquello que *antes no era y ha venido al ser* en el *Verbo* de Dios era vida, porque el *Verbo* es el que crea y sustenta la vida. En el pasado, este lenguaje pudo haber sido conceptuado como acientífico, pero *zoé* es un término cuyo significado incluye en la Biblia toda forma de vida, de modo que la *vida espiritual* está detrás de la *vida física*, y en eso concuerdan hoy día numerosos y eminentes científicos.

⁵ Estos tres títulos expresan los bienes que recibimos de Cristo. Él es el *Camino* porque nos enseña a andar por la senda que lleva al Padre: *El que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8, 12). *El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará* (12, 26). Es la *Vida* porque, siguiendo este Camino, obtendremos la vida: *El Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna* (12, 49s).

⁶ *Oído ... visto ... contemplamos ... se nos manifestó*. Claramente el autor sagrado pone todo su énfasis en estas expresiones, y con ellas quiere disipar cualquier duda sobre la plena condición humana de Jesucristo frente a quienes la negaban tanto dentro como fuera de la comunidad cristiana. La conexión entre la *vida natural*, creada y perceptible por los sentidos, y la *Vida divina* inefable se realiza a través de la humanidad del Verbo. El cuerpo de Jesucristo era plenamente humano, pues se le podía oír, ver, palpar ... La vida humana de Jesús *manifiesta* la Vida divina del Verbo.

Al pasar ese día por el control de planta, la supervisora me informó de que nos había llegado una nueva paciente, necesitada casi seguro de una asistencia espiritual discreta y, a la vez, intensa y continuada. Había sido ingresada en la habitación 304, de dos camas, para que estuviera acompañada el mayor tiempo posible por su madre, una señora que andaba por los cincuenta y mostraba ser una mujer animosa, franca, aunque lógicamente muy preocupada por lo que podría ocultar un traslado de su hija a Madrid y a La Paz que, en principio, no parecía augurar nada bueno. Ella, no obstante, era capaz por el momento de poner *al mal tiempo buena cara*.

Tras pasar visita a las tres primeras habitaciones de hospitalización de la planta, llamé con los nudillos, como siempre ha sido mi costumbre, a la puerta de la 304, escuché desde dentro una voz que decía: *Adelante*, moví el picaporte, abrí la puerta, pasé y me encontré con Margarita. Me recibió con una sonrisa tímida y expectante, me miró de arriba abajo y me dijo: *Buenos días*. Yo le respondí diciendo: *Buenos días, soy el capellán de la planta y paso a diario a visitar a los enfermos, para saludarles y ponerme a su disposición en lo que necesiten y yo les pueda dar*.

Y entonces se derrumbó. Más que sentarse, se dejó caer pesadamente en el borde de la cama, se tapó la cara con las manos y entre sollozos incontenibles soltó una catarata de angustiosos interrogantes que la estaban reconcomiendo por dentro: *Padre, ¿sabe Ud. por qué estoy aquí, por qué me han trasladado a este hospital? ¿Es que es muy malo lo que tengo? ¿Me voy a morir pronto? ...* Yo me senté junto a ella en silencio y le dirigí una mirada invitándola a proseguir. Y lo hizo ofreciéndome en frases entrecortadas por el llanto un panorama fundamentalmente feliz y aproblemático de su vida hasta entonces: una vida de familia más que aceptable, una panda de amigos de ambos sexos muy unidos entre ellos, que iban de vinos y tapas los fines de semana por los bares de El Espolón y aledaños, un noviete en prometedora perspectiva y unos estudios llevados con ilusión y holgura. Algo así como la vida que uno vive con la mayor naturalidad mientras dura, y que anhela *se prolongue para siempre*.

4. La vida, ¿eterna? Desde la perspectiva humana más amplia en que podamos contemplarla, la vida se nos aparece, por un lado, como una realidad perceptible a simple vista, y cuantificable a partir de los datos que sobre sus diversas formas suministran ciencias básicas, como la biofísica y la bioquímica, así como, desde ellas, las hoy llamadas *ciencias de la vida*.

Simultánea y paradójicamente llamamos *vida* a una realidad más escondida, de la que hablamos desde la clave de *el misterio de la vida*. En la reali-

dad de la vida van, pues, de la mano el dato constatable y el misterio inefable.



Pero en la vida experimentada a diario, percibimos que ésta se nos susurra, se nos ofrece, se nos va entregando y luego, se nos va hurtando hasta extinguirse, desvanecerse, esfumarse. Entonces, ¿de qué se trata cuando pronunciamos la palabra *vida*, o cuando se nos viene al pensamiento? ¿Hablamos de la *Vida que presentimos y anhelamos eterna*, como enseña la Sagrada Escritura, o de *un delirio contado por un idiota*, parafraseando a Hamlet?

Ésta es la percepción alternativa, paradójica, incluso a menudo contradictoria desde la que la vida propia y la ajena se percibe, se trata de entender, se siente y se expresa en un mundo tan complejo y transitado como el del hospital. La vida contemplada en sus componentes minúsculos desde el microscopio de alta resolución u otras técnicas ultrasofisticadas; la vida relatada por el paciente en la historia clínica y convertida en síndrome patológico por el especialista de turno; la vida experimentada por el propio paciente antes y después de su ingreso, de sus encuentros con los facultativos ...: ¿la vida efímera, fugaz, o la Vida eterna en anhelo y esperanza?

Tal era la atmósfera vital que envolvía a Margarita, a su madre y a sus cui-



dadores sanitarios, incluido yo, el capellán: la vida que bulle en el interior del hospital y la que unos y otros traemos a él desde fuera. Todo un *mundo* palpable y, al mismo tiempo percibido como enigmático, barruntado al menos como misterioso, *tremendo y fascinante*. Muchos ingresados, trabajadores o transeúntes por él sienten surgir desde el hondón de su alma la pregunta ineludible, tajante, abrumadora de Jesús: *¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si pierde su propia? ¿O qué po-*

drá dar el ser humano a cambio de su vida (Mt 16, 26).

5. En la Palabra estaba la Vida y la Vida era la luz de los hombres. Con lo escrito en los dos apartados anteriores (3 y 4) he ofrecido a mis lectores la *mirada humana a la realidad*, que constituye el primer paso del desarrollo pastoral propuesto en la *Presentación*.⁷

Siguiendo el método apuntado allí, ahora toca *iluminar con los ojos de Dios* la realidad experimentada antes mediante la mirada humana atenta y observadora. Y *los ojos de Dios* nos iluminan desde su *Verbo*, su *Palabra* encarnada en la Sagrada Escritura. El mensaje que Dios nos envía gracias a su presencia oculta en *las cosas de este mundo*, cobra luminosidad sobrenatural al ser pasado por el tamiz de la Escritura inspirada por el Espíritu Santo, al que pedimos desde la secuencia del domingo de Pentecostés: *Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos*.

5.1. La Biblia, libro que habla de la vida. De un extremo a otro de la Biblia, del Génesis al Apocalipsis, ésta pone ante los ojos de quienes nos asomamos

⁷ Ver *Presentación*, p. 2s.

asiduamente a ella innumerables formas de vida. *Kol basar*⁸ es la expresión hebrea con la que el libro del Génesis alude al común denominador de la *vida* que comparte el incontable número de seres vivos, creados por la palabra y el espíritu de Dios. El autor del salmo 104 -salmo de alabanza al Creador- exclama maravillado en medio de su oración-poema: *Cuántas son tus obras, Señor, y todas las has hecho con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas* (v. 24). Y el libro de la Sabiduría añade: *Él lo creo todo para que subsistiera y las criaturas del mundo son saludables* (1, 14).

5.2. EL DIOS VIVIENTE. Si a lo largo de las páginas del AT hay una convicción que destaca sobre cualesquiera otras, es la expresada por Josué a los hijos de Israel: *El Dios vivo está en medio de vosotros* (Jos 3, 10). Él, al contrario que los ídolos, fabricados por el hombre a su hechura,⁹ está dotado, al decir de Isaías, de una extraordinaria vitalidad:

- *El Señor es un Dios eterno que ha creado los confines de la tierra. No se cansa, no se fatiga, es insondable su inteligencia. Fortalece a quien está cansado, acrecienta el vigor del exhausto* (Is 40, 28s).
- *Esto dice el Señor, Dios, que crea y despliega los cielos, consolidó la tierra con su vegetación, da el respiro al pueblo que la habita y el aliento a los que caminan por ella* (Is 42, 5).

A este Dios viviente, manifiesto y a la vez misterioso, lo percibe el salmista en su vida, de la mañana a la noche, y eleva a Él su oración confiada:

- *Oh Dios, Tú eres mi Dios, por Ti madrugo, mi alma está sedienta de Ti, mi carne tiene ansia de Ti, como tierra reseca, agostada, sin agua ... en el lecho me acuerdo de Ti y velando medito en Ti, porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo* (Sal 63, 2.7).
- *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el ros-*

⁸ Literalmente significa *toda carne* (*omnis caro*, *πασα σαρξ*) y con ella se alude al conjunto de las criaturas y, más concretamente, al *reino o comunidad de todos los seres vivientes*.

⁹ El salmo 135 (v. 15s) los describe con burlona ironía: *Los ídolos de los gentiles son oro y plata, hechura de manos humanas: tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, no hay aliento en sus bocas*.

tro de Dios? (Sal 42, 3).

El hincapié con que la Biblia subraya este nombre de Dios es un claro signo del sumo valor que en toda ella se da a la vida.

Sólo una breve observación más acerca de la expresión *Dios eterno* que aparece en el texto de Is 40, 28. En la Biblia la *eternidad* es concebida como *el tiempo de Dios* el cual, en su infinitud, engloba el tiempo humano y cósmico, rebasándolos infinitamente pero abarcándolos a la vez y convirtiendo el devenir histórico en *historia de salud-salvación*. Desde la perspectiva bíblica, *tiempo* y *eternidad* no se excluyen, ni están separados tajantemente, como

en la visión popular, muy influida por la cultura griega antigua.



5.3. El valor de la vida. Sin embargo, en la experiencia de cualquiera asoma en algún momento el claroscuro que impregna la valoración de la propia vida personal, la de las personas cercanas y aún la del resto del entorno humano y natural. Por un lado, se comparte lo que el Satán manifiesta en su diálogo con Dios acerca de la suerte de Job: *Por salvar la vida, el hombre lo da todo* (Job 2, 4). Pero no es menos cierto que la vida puede convertirse en una carga tan pesada e insoportable, que le haga exclamar a quien la padece hasta ese punto, lo que al mismo Job: *Preferiría acabar asfixiado, la muerte antes que esta existencia. Me consumo; no he de vivir eternamente ... mis días son un soplo.* (Job 7, 15s); o a Jeremías, desesperado por la acumulación de padecimientos y sinsabores que le acarreaba su misión de profeta: *Maldito el día en que nací ... el día en que mi madre me parió ... ¿Por qué hube de salir del vientre para pasar trabajos y fatigas y acabar mis días deshonrado?* (Jer 20, 14.18)

Este dilema de anhelo de permanencia, de barrunto de fugacidad o de volun-

tad de claudicación respecto de la vida propia, o de la de algún ser querido, tiene en el mundo del hospital uno de sus escenarios más expresivos. ¿Qué significa en el fondo la existencia misma del hospital, así como el conjunto de recursos materiales y humanos que constantemente pone en juego, sino un hondo y sostenido anhelo de promover, restaurar, rehabilitar la vida en quienes ésta presenta su cara problemática, frágil, vulnerable? Pero, ¿qué significan, simultáneamente, las cronicidades que inevitablemente se hacen permanentes, los fracasos a pesar de la exactitud de los diagnósticos y la *obstinación terapéutica*, el deterioro irreversible que desemboca en *el tiempo del morir* y en su desenlace, la muerte, sino un atentado cruel a *la vida que anhelamos como eterna*?

5.4. DIOS, NO DE MUERTOS SINO DE VIVOS (Lc 20, 38). Ya el libro del Génesis muestra a Dios *tomando nota* en el jardín del Edén de la tendencia pertinaz del hombre a *alargar su mano y tomar del árbol de la vida, comer de él y vivir para siempre* (Gen 3, 22). Pero, para lograr digerir el fruto del árbol de la vida, el hombre ha de reconocer abiertamente que la vida es don de Dios, como hace el salmista: *En Ti está la fuente de la vida y tu luz nos hace ver la luz* (Sal 36, 10).¹⁰

Y entonces se abre una nueva perspectiva, que descubre el auténtico modo de ser de Dios, y que Ezequiel expresa así: *Yo no me complazco en la muerte de nadie* (18, 32). Amós, también en nombre de Dios, añade: *¡Buscadme y viviréis ... Buscad al Señor y viviréis*.¹¹ Y Oseas rubrica los dos mensajes anteriores con esta declaración, tan a propósito en su contenido para quienes sienten que se tambalean sus ansias de vivir: *Volvamos al Señor, porque Él nos ha desgarrado, y Él nos curará; Él nos ha golpeado y Él nos vendará*¹² ... *nos hará resurgir*,

¹⁰ Quien suscribe la afirmación del salmista se adentra por el camino que lleva de la *vida* a la *Vida*. Y la percepción de esta continuidad entre una y otra es siempre posible ya que la comprensión de la vida como *don recibido y sostenido más allá de uno mismo* es un dato verificable para cualquier persona dotada de sentido común, no sólo para el creyente.

¹¹ El reconocimiento de que la vida es, de entrada, un *don*, no una conquista propia, entreabre la puerta hacia la trascendencia de la fe y el conocimiento del verdadero Dios.

¹² Todos los que tratamos con enfermos estamos familiarizados con esta concepción de Dios en la que se le achaca ser el autor de las enfermedades y de la muerte, pues tantas veces la oímos aun hoy en boca de enfermos graves y familiares.

*viviremos en su presencia y comprenderemos. Procuremos conocer al Señor.*¹³ *Su manifestación es segura como la aurora. Vendrá como la lluvia de primavera que empapa la tierra* (6, 1-3).

Estos textos, unidos a aquellos otros en los que comienza a despuntar la afirmación de la vida eterna,¹⁴ la inmortalidad¹⁵ y la resurrección,¹⁶ preparan ya en el AT el camino para el mensaje de Jesús sobre la vida, y sirven de contexto previo a la afirmación con la que se inicia este apartado: *Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos* (Lc 20, 38).

5.5. YO HE VENIDO PARA QUE TENGAN VIDA, Y LA TENGAN ABUNDANTE (Jn 10, 10). No es el hombre el que puede por sí mismo convertir en realidad el anhelo de que su vida sea *eterna y dichosa para siempre*, sino Dios mismo, y lo hace en Jesucristo. Él, *hombre verdadero*,¹⁷ en quien *habita corporalmente la plenitud de la divinidad* (Col 2, 9),¹⁸ es decir, el mismo Dios Viviente, expresa en el versículo del evangelio de Juan citado arriba el propósito fundamental e irrenunciable de su venida. E inmediatamente después declara, en el mismo párrafo evangélico, cuál es la vida que él trae para distribuirla en abundancia, su propia vida divino-humana: *Yo entrego **mi** vida ... la entrego libremente ... este mandato he recibido de mi Padre* (Jn 10, 17s).

Esa sobreabundancia de vida que rebosa en Jesús él la vertió, en primer término, llevando a cabo su obra sanadora, restablecedora, aliviadora y consoladora con los *heridos y orillados en la cuneta* del camino de sus vidas, sea cual sea la forma concreta en cada caso. Sin entrar en una descripción detallada de esta la-

¹³ Esta comprensión de Dios, tan necesaria para abrirse al anhelo fundado de la *vida eterna*, ya es fe sobrenatural o, al menos, uno de sus preámbulos. Es el fruto del trato creciente con Dios a través de la lectura de su Palabra y de la oración, que inspiran la confianza en Él.

¹⁴ 2 Mac 7, 23.36: *El Creador del universo, quien modela la raza humana y determina el origen de todo. Él, por su misericordia, os devolverá el aliento y la vida ... mis hermanos, después de haber soportado un tormento pasajero, han llegado a una vida eterna por la promesa de Dios.* Sab 5, 15: *Los justos viven eternamente, encuentran su recompensa en el Señor y el Altísimo cuida de ellos.*

¹⁵ Sab 2, 23: *Dios creó al hombre incorruptible y lo hizo a imagen de su propio ser.*

¹⁶ Dan 12, 2s: *Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna ... por toda la eternidad.*

¹⁷ Expresión usada aquí en su sentido inmediato, obvio, como en Flp 2, 7s.

¹⁸ No está de más recordar lo ya dicho previamente (p. 35): en la persona divino humana de Jesucristo se nos ofrece la vida en cuanto dato constatable y misterio inefable,

bor de Jesucristo,¹⁹ quede constancia resumida de ella citando la frase archiconocida de Pedro, recogida por Lucas en el libro de los Hechos:

Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó²⁰ haciendo el bien²¹ y curando²² a todos los oprimidos por el diablo,²³ porque Dios estaba con él (10, 38).

De este modo es cómo Jesús iba **dando a conocer** con acciones palpables de beneficencia sanadora el auténtico ser de Dios, misterioso e inefable. *Conocer a Dios*, he ahí la clave para alcanzar *la vida que anhelamos eterna*. Ya lo había dicho proféticamente Oseas,²⁴ y Jesús lo proclamó en el transcurso de la cena con sus discípulos, cuando barruntaba ya la inminencia de su pasión y muerte:

Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo (Jn 17, 3).

Y es que, bíblicamente hablando, *conocer* es mucho más que percibir con los sentidos y la mente: es penetrar en la intimidad de la persona a la que se quiere conocer, porque ella libremente te lo permite, y dejar que ella penetre hasta la intimidad propia, porque tú se los permites. No es un asunto que atañe sólo a la ciencia, o a la filosofía, sino que trasciende hasta la vida interpersonal. El conocer bíblico desborda el saber puramente racional porque expresa una honda interrelación existencial. Es allí donde la *Verdad* hace el *Camino* que la lleva al *Amor*. Con lo que vuelvo casi al comienzo de este guión.²⁵

¹⁹ Entre la abundantísima literatura especializada en este tema, me permito recomendar, por su tono pastoral las páginas 18-22 y 141-201 de mi libro: *Introducción a la Pastoral de la Salud*, San Pablo 2004.

²⁰ *Pasó*, en el texto griego διηλθεν (*dielcen*) y, en la traducción latina, *pertransivit*. El verbo griego significa *ir de un lugar a otro*. Es decir, la vida de Jesús fue su *camino de Jericó*; por eso Él es el Buen Samaritano por excelencia.

²¹ Ευεργετων (*euergeton*), *benefaciendo*.

²² Ιωμενος (*iómenos*), *sanando*. Literalmente el verbo significa *curar, atender como médico, curar, sanar*.

²³ No está de más llamar la atención sobre el hecho de que, entre los nombres que recibe en la Biblia el ser personificador del mal y de la iniquidad, διαβολος (*diábolos*) es el sustantivo del verbo διαβαλλο, cuyo significado más inmediato es *separar*. Jesús es benefactor y sanador porque vuelve a unir a Dios a quienes el mal había separado de Él. La *summa infirmitas*, la debilidad humana radical tiene como causa la separación de Dios. Es la *enfermedad espiritual* por antonomasia. Por eso, Pedro añade *porque Dios estaba con él*.

²⁴ Ver la cita de Oseas 6, 1-3, en la p. 39.

²⁵ Recordar el texto de Jn 14, 6, en la p. 33.

Por eso hora es ya de irlo concluyendo. Hay que regresar a la realidad de la vida aquí y ahora, a esa *vida que anhelamos eterna*, tras ser iluminados por Cristo, *luz del mundo*.

6. Volviendo al camino de mi vida. Mi relación con Margarita fue una de las muchas experiencias inolvidables que tengo que agradecer a Dios y, al mismo tiempo una de las que, hablando en términos coloquiales, *me hicieron sudar la camiseta, ganarme el sueldo*. Duró unos ocho meses con encuentros casi a diario y duración variable, dependiendo del estado de ánimo o la voluntad de mi joven interlocutora.

Fue todo un **proceso** de relación interpersonal, una combinación reiterada de silencios elocuentes, lamentos angustiosos, hondas oscuridades depresivas, ira y rabia vomitadas y seguidas de llantos, primero desgarradores, luego mansos y apaciguados, miradas escrutadoras o dirigidas al vacío, alguna tentación de suicidio que desembocaba en fuertes sentimientos de culpa ... Pero otras veces Margarita revivía con un punto de satisfacción su vida pasada y me preguntaba luego con expectante angustia si esta *se echaría a perder* tras su muerte. Y se sorprendió la primera vez que yo le respondí que la *vida eterna feliz* late ya en las pequeñas felicidades que disfrutamos en este mundo. Fue nuestro *camino a Jericó* y también nuestro *camino a Emaús*.²⁶

Por eso, a partir de un determinado momento, me pidió espontáneamente que le llevara a diario la Comunión, y así lo hice. Días más tarde, en una de esas ocasiones, cuando ella había ya descubierto y elegido a Jesucristo como su interlocutor principal, y yo me situé en un discreto segundo plano, celebramos conjuntamente, también a petición suya, la Comunión como Viático y la Unción de los enfermos. Pidió a su madre y al personal de planta que la atendía, que participaran en la celebración y todos acabamos conmovidos y envueltos en esa paz, que sólo el buen Dios puede proporcionar, y que tenía ya un regustillo de *vida eterna*. Murió envuelta en esa misma paz a los pocos días.

²⁶ Que concluye con el descubrimiento de Jesús resucitado en la Eucaristía (Ver Lc 24, 30-32).

Ella me enseñó que, por muy alto que sea el peaje que haya que pagar, se puede vivir caminando por *el valle de las sombras de la muerte* (Sal 23), a veces a trompicones, a veces con paso seguro. Y, evocándola al escribir este guión, me ha enseñado también que el hospital es *un camino de Jerusalén a Jericó*, a la búsqueda del oasis de la *ciudad de las palmeras*, de la *vida que anhelamos eterna*. El camino transitado por heridos, sacerdotes, levitas y buenos samaritanos.

7. Preguntas para la reflexión personal o en grupo. a. El bronco y apasionado católico D. Miguel de Unamuno dijo en cierta ocasión que no pocos cristianos conciben la *vida eterna* algo así como *el tedio* o *el aburrimiento eterno*. ¿Es ése tu mismo caso? ¿Cómo la concibes tú?

b. Desde mis diecinueve años llevo saboreando y ahondando en una, para mí, magnífica e inspiradora frase de Bernanos: *Cuando yo me muera, decid al dulce reino de la Tierra que yo lo amaba más de lo que nunca he osado confesar*. Margarita y yo la comentamos varias veces. A ti, ¿qué te sugiere, en relación con la *vida eterna*?

c. Tras leer y meditar el contenido del guión, ¿qué te aporta en la comprensión de la parábola y figura del Buen Samaritano?

8. Oración final. Es el himno de la oración de laudes del miércoles de la III semana en el Oficio divino.

Siempre es hora de la gracia, ¡despierte el alma dormida!

*Los cangilones del sueño van hurtando el agua viva
en la noria de las horas, de las noches y los días.*

*Peldaños de eternidad me ofrece el tiempo en su huida,
sí, ascendiendo paso a paso, lleno mis manos vacías.
Sólo el tiempo se redime, quitándole su malicia.*

*Como una sombra se esfuman del hombre vano los días,
pero uno solo ante Dios cuenta mil años de espigas.*

*Tus años no morirán, leo en la Sagrada Biblia:
lo bueno y noble perdura eternizado en la dicha.
Sembraré, mientras es tiempo, aunque me cueste fatigas.*

*Al Padre, al Hijo, al Espíritu alabe toda mi vida:
El rosario de las horas, de las noches y los días.*

